

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 33

LA CABAÑA EN LLAMAS

15 cts.



... se apresuró a intervenir en el crítico momento...

LA CABAÑA EN LLAMAS

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

I

Que el ranchero Jean Swinter era un hombre malo, de odios africanos, vengativo y de pasiones tan violentas como inconcebibles, lo sabían en cuarenta millas a la redonda.

Y esta fama, conseguida a fuerza de cometer abusos y atropellos que hasta entonces la justicia no había castigado, motivaba que rehuyesen su trato cuantos propietarios existían en la comarca, y cuando, por algún motivo, tentan que relacionarse con él, procuraban no citarse su enojo y su enemistad.

Porque ni uno solo de los numerosos individuos que desde que Swinter se había establecido en aquella porción del Oeste, habían sostenido con él, por causa de intereses, una disputa, más temprana o más tarde había dejado de ser víctima de una fechoría, sin saber a ciencia cierta quién le infería el daño.

Desde luego, el perjudicado lo sospechaba, pero por indicios vagos, por meras suposiciones, la justicia actuaba muy pocas veces.

Por lo demás, el *sherif* de la comarca, ante el cual habían formulado, en algunas ocasiones, sus quejas varios propietarios, víctimas de

las malas mañas de Jean Swinter, habían escuchado siempre con oídos de marcader, como vulgarmente se dice.

A las órdenes de Swinter figuraban unos cuantos sujetos de carácter tan violento como su amo y no menos malvados que él.

Por lo cual constituían una especie de pandilla que no dejaban vivir con sosiego ni tranquilidad a los moradores de la media docena de ranchos desparramados en aquella parte del Arizona.

Entre éstos se contaba Gene Bradley, el más rico de todos y cuyos dominios lindaban con los de Swinter.

Ya éste, al principio de adquirir la finca en que se hallaba establecido, pareció haberse enamorado de un extenso bosque de pinos y abetos situado al norte de su propiedad, y expuso ante su legítimo dueño, o sea Bradley, su irritante pretensión de que se lo cediera, porque era suyo...

Como se comprende, este último escuchó tan inesperada e insólita pretensión con un estupor sin límites.

Jamás habría imaginado que el

motivo de la visita de Swinter fuese tan descabellada pretensión.

Sin embargo, le preguntó con acento casi afable quién le habla informado de una manera tan equivocada...

— ¡El antiguo dueño de mi finca, al que yo entregué también por ese bosque varios centenarios de dólares!

— ¿Es posible?

— ¡Es absolutamente cierto, según puedo demostrar con los documentos de compra!

— ¡En tal caso fué usted víctima de un engaño, de un timo, de una estafa, que yo no puedo subsanar, querido Swinter! ¡Reclamo usted al que la vendió el rancho... y que la justicia lo castigue merecidamente, por estafador y por bribón!

Jean Swinter encogióse de hombros, replicando con acento burlón:

— ¡Bah! ¡En estos asuntos, si interviene la justicia, se muere uno de viejo antes de verlos resueltos!

«Además, sólo Dios sabe dónde para el viejo Lauder, pues me aseguró al venderme su rancho que no sólo abandonaba el país de los *cote-bays*, sino la misma América, regresando a Alemania, su país nativo...

«Por lo tanto, somos usted y yo, señor Bradley, los que a las buenas y amistosamente hemos de arreglar la cosa...

Meditó unos instantes el honrado y rico ranchero antes de contestar a esas palabras. No era avaro, y, además, considerábase poseedor de una fortuna excesiva, por lo que de buena gana habría consentido en renunciar al inmenso bosque si esa renuncia le hubiese parecido justa.

Pero tan grande como su nobleza era su rectitud. La bondad, princi-

pal atributo de su carácter, no excluía la entereza.

Así es que después de una breve meditación, declaró:

— Nosotros nada podemos arreglar... Ha sido usted víctima de un engaño y en ello yo no he tenido intervención alguna... ¿Cómo profunde usted, pues, que resulte yo, precisamente, el único perjudicado de la falacia y la desfachatez de Lauder?

— ¡Lo cual quiere decir, hablando claro, que se niega usted a ceder el bosque!

— ¡Naturalmente! Es bien mío... y...

— ¡Basta, señor Bradley! He venido a verlo a usted con ánimo conciliador... ¡Si me separo de usted defraudado e irritado, quizás no tarde usted en lamentarlo amargamente!

Mientras le dirigía estas palabras el temible Swinter lo miraba con los ojos encendidos como brasas.

Era un hombre de unos treinta años, de elevada estatura y fornida complexión. Su rostro enjuto y ce-trino lo adornaba un leve bigotillo negro, y en aquel instante, con el entrecejo fruncido, sus facciones tenían una expresión casi asustadora.

En cambio Bradley frisaba ya casi en los cincuenta y su persona, de escasa corpulencia y mediana estatura, denotaba escaso vigor físico. Pero aquel cuerpo más bien ende-ble albergaba un alma indomable.

Con impávida serenidad, luego de mover la cabeza, que ya comenzaba a blanquear la nieve de los años, preguntó:

— ¿Me amenaza usted, Swinter?

— ¡He hablado con toda claridad posible!

— ¡Y yo todavía voy a hablarle con más claridad! ¡Jamás cederé

un solo palma, un solo árbol, una maleza del bosque que usted codicia sabiendo que es mío! ¿Oye usted? ¡Jamás!

Sonrió de un modo espantoso Swinter, dejando al descubierto una doble hilera de dientes blancos y agudos como los de un lobo, y declaró:

—En tal caso, me declara usted la guerra, ¿verdad?

—Como a usted le plazca...



... todas seguitan con vivo interés las incidentes de la partida ...

—¡Ira del cielo!—bramó el visitante.

Pero no pudo proseguir.

La aparición de una encantadora y radiante criatura, bella y rubia como un rayo de sol, le cortó la palabra.

—¿Estorbo, querido papá?—preguntó la hermosa joven con voz acariciadora y dulce.

—No, no, niña querida.

Entonces ella avanzó con grácil andar hacia el autor de sus días, y luego de rozar con sus rojos labios la frente del ranchero, le preguntó:

—¿Has renunciado al viaje que queríamos hacer?

—¡No, por cierto!

Y consultando el reloj añadió:

—Ahora mismo marcharemos a la estación. ¡Señor Swinter, usted me perdonará si no puedo ya cederle un solo minuto de atención!

El atudido, que desde hacía unos segundos contemplaba como en éxtasis a la seductora criatura, como si saliese de una especie de encantamiento, balbuceó:

—¿Es usted muy dueño de disponer de su tiempo, señor Bradley? Y le ruego que, a pesar de lo hablado, no me considere usted como a un enemigo.

Esto diciendo, alargó su fuerte manaza a Bradley, que se apresuró a estrecharla con su diestra, afirmando:

—¡Me es muy grato este cordial fin de nuestra entrevista, señor Swinter!

Saludó éste zafamente a la joven, abandonando el aposento con el cerebro lleno de las ideas más confusas y el corazón de los sentimientos más diversos.

—¿Qué quería ese hombre, papá?—preguntó a Bradley su hija.

—¡Un absurdo, un imposible, Gilda querida!... Ya te lo explicaré mientras vamos a la estación.

La irresistible belleza de la joven había amansado repentinamente a aquella fiera.

Swinter sintió su alma cruel y dominadora invadida por una de esas pasiones que todo lo arrojan con tal de verse satisfechas.

El odio que ya germinaba en ella contra Bradley y que indudablemente, según éste anunciara, no habría tardado en dar su fruto, trocóse en respeto y afecto.

Aquel hombre era el padre de la criatura más encantadora, bella y codiciable que existía bajo el sol, de la mujer que más sensación había ejercido en todo su ser y, por lo tanto, desde aquel instante, en lugar de aborrecerlo y demostrarle cuán peligrosa era su enemistad,

emplearía toda su voluntad en captarse su confianza y su aprecio.

He aquí sucintamente referida la causa de que fuese Bradley la única persona de la comarca que habiendo disgustado al feroz Swinter, no hubiese sufrido daño alguno en sus intereses...

II

A partir de aquel día, Jean Swinter visitó con frecuencia el rancho de su vecino con los pretextos más fútiles, anhelando ver a la deslumbrante Gilda.

Por una mirada de amor, por una palabra cariñosa, por la merced de besar sus divinas manos el sanguinario Swinter habría sido capaz de matar a cualquiera.

Con el transcurso del tiempo esta pasión convirtióse en un tormento poco menos que insuportable.

El instinto le anunciaba al enamorado Swinter que abrigaba esperanzas que jamás se verían realizadas.

Un día se presentó en el rancho Bradley vestido con un atildamiento rayano en lo grotesco.

Gilda y sus padres se hallaban en el porche del edificio y al verlo acercarse, Bradley apresuróse a salir a su encuentro.

—¿Qué nuevas le traen a usted por aquí, Swinter?

—El deseo de hablar con usted de un asunto en extremo importante...

—Ya le escucho...

Pasóse una mano por la frente el recién llegado.

Y luego balbuceó:

—¡Quiero hablar... sobre su hija! Bradley hizo un gesto de estupor.

—¡De mi hija! —repitió.

—Sí.

—¿Qué es ello?

—La quiero... la quiero... —confesó Swinter con acento tembloroso— inmensamente...

—¡Pero, Swinter, amigo mío, Gilda es demasiado joven... y además... ya está prometida!

Palidecieron densamente las facciones de Swinter, lanzaron sus ojos chispazos mortíferos y con voz alterada y ronca de rabia, balbuceó:

—¡Prometida!

—¡Sí, Swinter! El hombre que ha de ser su esposo vendrá al rancho dentro de unos días... Es un joven ingeniero, hijo del mejor y más antiguo de mis amigos!

El peligroso ranchero lo escuchaba como anonadado, con la cabeza baja y los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Sin embargo, reaccionó en seguida contra aquella pasividad que las

palabras de su interlocutor habían producido en su cuerpo y en su alma.

—Ignoraba yo esta circunstancia —dijo con voz segura y firme ya—, que si la hubiese sabido, jamás habrían revelado mis labios el profundo afecto que siente mi corazón hacia su hija...

—¡Quién habría imaginado, Swinter, que usted, un hombre ya de treinta años, se hubiera fijado en mi hija con la intención de hacerla su esposa!

—¿Se hubiese usted opuesto a esa intención, señor Bradley? —preguntó aquél.

—Yo, amigo mío, no me habría opuesto si mi hija hubiese correspondido a su pasión...

—¡Gracias, señor Bradley! ¡Enfonces, nada más tenemos que hablar!

Y bruscamente giró sobre sus talones y se alejó del padre de Gilda.

Se lo quedó este mirando hasta verlo desaparecer, y luego murmuró:

—¡Ahora sí que será necesario vi-

vir alerta y prevenidos contra este hombre malo, taimado e hipócrita!

Pronunciadas estas palabras, volvió junto a su esposa y Gilda, que, intrigadas y llenas de curiosidad, habían presenciado la corta conversación sostenida con Swinter.

—¿Por qué se ha marchado tan pronto ese hombre, Gene? —preguntóle su mujer—. ¿Qué deseaba?

—¿Qué deseaba? ¡Vais a horrorizaros cuando os lo diga! —respondió Bradley sonriendo levemente—. Porque, esposa mía, ha venido por nuestro más preciado tesoro.

Y señaló con la mano a la bellísima Gilda.

—¡Santo cielo! —exclamó la madre—. ¿Pero se ha vuelto loco Swinter? ¿Y qué le has dicho?

—¡La verdad!

—¿Que Dick es su prometido?

—Exactamente.

Seguía a esta respuesta un breve silencio.

El ranchero fué el primero en hacer uso de la palabra, diciendo:

—¡Temo que ahora Swinter sea nuestro más peligroso enemigo!

III

Estas proféticas palabras no tardaron en ser confirmadas por los hechos.

Cuatro días después se hallaba en el rancho Bradley el amado de Gilda. Había terminado aquel año su carrera de ingeniero, y como ya tenían hablado y convenido los padres de los muchachos, contraerían enlace al cabo de dos meses.

Era un joven de varonil y arrogante apocatura y de rostro correto y serio.

Al día siguiente al de su llegada, el padre de Gilda juzgó prudente ponerlo en antecedentes respecto a Swinter y a sus hombres, sin ocultarle las pretensiones que aquél abrigaba en relación con Gilda.

—Quisiera equivocarme —termi-

nó diciendo el sagaz y previsor ran-
chero—, pero creo que tu rival pro-
curará ahora hacernos cuanto da-
ño pueda...

«¡Te aconsejo que tengas mucho
cuidado, querido Dick, pues es un
mal sujeto en toda la extensión de
la palabra!

—Tendré bien presentes sus pa-
labras!—dijo Dick con sencillez—.
Yo le aseguro que no soy tonto y
que no es cosa fácil, en caso de pe-
ligro, atropellarme...

En aquel momento se acercaron
al rancho varios *cow-boys* y uno
de ellos le dijo:

—El ganado está ya elegido pa-
ra la marcha!

Tratábase de unos cuantos cente-
nares de animales bovinos y lana-
res que habían de embarcar en Ca-
lifornia.

Dick expresó su deseo de acom-
pañar hasta el punto de embarque
aquella expedición, y entonces el
padre de Gilda le advirtió:

—Te aseguro que no se trata de
un viaje de recreo, sino más bien
penoso y no exento de algunos pe-
ligros...

—Tanto mejor para que yo insis-
ta... ¿A qué peligros alude usted?

—Esos peligros son desconocidos.
Podría ocurrir que alguna pandilla
de aventureros, de ladrones de ga-
nado, os saliera al paso, intentan-
do robároslo todo o parte de él...
Podría ser que el mismo Swinter
te tendiese una celada... En fin,
yo preferiría que desistieses de ese
empeño!

—¡Ahora que sé lo que puede su-
ceder, desistir equivaldría a una co-
rarde deserción!

Poco más hablaron Dick y el pro-
genitor de su amada.

Media hora después Dick partía
al frente de aquella expedición, cu-
yo valor alcanzaba muchos miles de
dólares.

Gilda lo vió marchar con su ena-
morado corazón lleno de funestos
presagios.

Animoso y consciente de la mi-
sión que desempeñaba, Dick em-
prendió la marcha.

Habían de recorrer doscientas mi-
llas en varias jornadas, antes de lle-
gar al final de aquel viaje.

En la primera etapa del mismo
habían de llegar al límite norte de
la finca de Bradley, o sea a una
colina, en cuya falda estaba situa-
da una cabaña.

En ella pernoctarían los conduc-
tores del ganado para reanudar la
marcha al amanecer siguiente.

Una inmensa pampa serviría de
aprisco al ganado.

Era noche cerrada cuando los ex-
pedicionarios llegaron al menciona-
do paraje.

Dick dió las instrucciones neces-
rias, eligiendo los *cow-boys* que en
relevo al cabo de cuatro horas, ha-
bían de permanecer a la intempe-
rie, vigilando el ganado.

Llegaban hasta allí los ligeros
aullidos de los coyotes, los cuales
se percibían de vez en cuando, en-
tre el terrible y potente rugido de
algún jaguar hambriento o en celo.

Para evitar el ataque de algunas
de estas sanguiñarias fieras, Dick
dispuso incendiar algunas hogueras
en torno de la cabaña.

Así se hizo, y sentados en torno
de las llamas, la docena de hom-
bres que formaban la expedición,
charlaban y bobían animosa y ale-
gremente.

La noche iba avanzando en lan-



... le asestó una mirada de desprecio...

to, y ya se disponía Dick a retirarse al interior de la cabaña para dar descanso a sus fatigados miembros, cuando resonaron los estampidos de varias detonaciones.

Produjose entre los *cow-boys* del rancho Bradley una especie de tumulto.

— Ya está armada! — dijo uno de ellos.

— Me parece que vamos a tener *música!* — añadió otro.

— Es preciso averiguar lo que ocurre! — declaró Dick, que, erguido, oteaba en todas direcciones, al través de las sombras de la noche.

Pero, naturalmente, ni a él ni a ninguno de los hombres que obedecían les era posible distinguir lo que ocurría.



... aferró en él sus fuertes puños...



... todos permanecían en actitud expectativa...

... se puso en pie vivamente...

Que se trataba de algo extraordinariamente grave lo revelaba la frecuencia de las detonaciones.

¿Quiénes eran los *enemigos?*
¿Una nutrida gavilla de forajidos tal vez?

¿El vengativo Swinter y sus hombres?

A estas preguntas que se dirigían Dick y sus leales *cow boys* no podía contestar por *carera*.

Lo único que sabían, orientados por el ruido de los disparos, era el sitio donde tenía lugar la lucha entre los agresores y los guardianes que, en la pampa cercana, vigilaban el ganado.

Interpretado

por

WALLY

WALEN



... se puso en pie vivamente...

De pronto se hizo un silencio completo, tan sólo turbado por los aullidos de las fieras y el graznar de las aves rapaces.

—Hay que estar prevenidos—dijo Dick—, porque probablemente esos cobardes e infames cuatreritos intentarán atacarnos aquí y apoderarse de la cabaña.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, las ondas del viento que soplaban hacia ellos llevaban lejanas, fuertes y desesperadas vociferaciones.

—Indudablemente, varios de nuestros compañeros se hallan en una situación apurada! ¡Vayamos todos en su auxilio! ¡Seguidme!

Y acto seguido echó a correr en la dirección donde, todavía, continuaban las potentes voces pidiendo auxilio.

Tras un cuarto de hora de veloz carrera al través de los matorrales y la maleza de un erial, Dick y su séquito ganaron la pampa.

Sus pupilas, habituadas ya a la obscuridad, percibieron en aquella parte numerosos animales tendidos en el alto y nutritivo pasto, y prosiguieron su marcha por el borde de la inmensa pradera, llenos de ardor y de entusiasmo.

Por fin, al cabo de media hora más de extenuador correr, se acercaron al sitio en que el ganado estaba agrupado e inquieto.

El fogorazo de varias detonaciones rasgó las tinieblas de la noche.

Un *cow-boy* cayó al suelo lanzando un alarido de dolor.

¡Cobardes! ¡Infames! — bramó Dick divisando en las sombras de la noche otras sombras más densas que se movían junto a unos peñascales.

Al mismo tiempo disparó su revólver, ordenando:

—¡Todos al suelo! ¡Y adelante! ¡Seguidme!

Rastreado como reptiles sobre el alto herbaje, haciendo un continuo fuego, lograron avanzar varios centenares de metros.

Cuando llegaron junto a los peñascales, que daban entrada a un angosto desfiladero, la avizora mirada de Dick percibió a cierta distancia un confuso grupo. El atropellado rumor de las pisadas de animales que se alejaban corriendo, llegaba distintamente a sus oídos.

Comprendió en seguida que los audaces bandidos habían logrado llevar a cabo en parte la fechoría que maquinaban.

Pero no estaba dispuesto a resignarse pasivamente a aquel robo.

Era necesario recobrar aquellas cabezas de ganado, y fiel a este tenaz y audaz propósito, gritó:

—¡A ellos! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hay que exterminar a esos bandidos como a las ranas!

Pero, de improviso, un súbito resplandor rojizo que surgió en la altura atrajo su atención y contuvo su paso.

—¡Maldición! — bramó— ¡Nos incendian el albergue! ¡La cabaña está en llamas!

Era verdad. En la cocina ardía una colosal hoguera; el fuego adquiría por segundos proporciones mayores, y al cabo de un rato, el haz de llamas, semejantes a gigantesas cabezas, formaba una elevada columna de la cual brotaban millones de chispas y cuyo resplandor teñía con rojizos tintes el obscuro firmamento.

Los incendiarios habían sabido aprovechar con rapidez la ausencia

de Dick y sus hombres para pegar fuego al rústico y aislado refugio.

Indudablemente, algunos bribones estaban espiondo el momento en que los expedicionarios, atraídos por los disparos de la pampa, abandonarían aquel paraje...

Pero, ¿qué intención, qué móvil, qué fin perseguían al provocar aquel incendio que, como si estuviese animado de una voluntad maligna, se propagaba colina abajo y lamía con sus lenguas de fuego las malezas y los arbustos del pedregoso erial que separaba la pampa?

Si ésta llegaba a ser atacada por el voraz y siniestro elemento, pronto semejaría un océano de fuego...

Y en tal caso... ¿cómo evitar que los animales que ya comenzaban a dar señales de inquietud y de espanto pereciesen achicharrados?

Cruzaban estas preguntas como flechas por el cerebro de Dick.

La cólera le abrasaba la sangre como si se hallase en el fuego que contemplaba con ojos fulgurantes de cólera.

De pronto un designio se perfiló en su exaltada mente, para salvar aquella riqueza de la hecatombe que amenazaba convertirla en pavesas.

Y con voz potente, gritó:

— ¡Escuchadme! Para librar al ganado del inmenso brasero que pronto será esta pampa, no tenemos más remedio que reanudar el viaje sin esperar el nuevo día...

«A los criminales que nos han jugado esta traidora y mala partida sin atreverse a dar la cara, quizás lleguemos a descubrirlos, porque en este mundo no hay deuda que no se pague ni crimen que impune quede...

«Difícil es la tarea que os exijo cuando vuestro fatigado organismo, lo mismo que el mío, tan necesitado se halla de unas horas de reposo.

«Pero, ¡ya lo veis! el incendio avanza, no podemos vacilar ni perder un solo minuto de tiempo... ¿Queréis obedecerme?

Una clamorosa respuesta afirmativa acogió esta pregunta.

IV

Al día siguiente, apenas rayó el alba, Dick ordenó el recuento del ganado y notóse la falta de veinte terneros y unas treinta carneros.

Los ladrones nocturnos, pues, habían dado un buen golpe y obtenido un botín espléndido.

¡Cuán ajeno era el animoso mozo a la idea de que en la alegre y buhucosa ciudad en que lo esperaba el acaudalado tratante que había

comprado al padre de su amada el ganado, descubriría a los rapaces y fechoros forajidos que le hicieran vivir las horas más angustiosas de su vida!

En efecto, poco después de recibir el abultado fajo de billetes de banco, importe del valor de los animales vendidos, la casualidad le deparó un encuentro inesperado.

Al entrar en cierto *bar topose* con



... una sonrisa de felicidad asomó a sus labios.

el propio Jean Swinter en carne y hueso.

El siniestro personaje fingió la más grata de las sorpresas. Apreturémonos a decir, sin embargo, que su estancia en la próspera ciudad californiana obedecía al inexorable propósito de completar la hazaña llevada a cabo pocas noches antes, pegando fuego a la cabaña y a la pampa cercana, con otra no menos vil y perversa.

El miserable abrigaba la idea de robar a Dick el dinero y, además, si las circunstancias le brindaban una ocasión propicia, quitarle la vida...

Una vez suprimido su rival, no dudaba de que Gilda, transcurrido algún tiempo, accediera a ser suya.

Como hemos dicho, fingió a la perfección la alegría más sincera, exclamando:

—¿Usted también en San Francisco, muchacho?

—¡Así es, como usted puede ver!

—¿Por muchos días?

—No, porque hoy mismo emprenderé el regreso al rancho.

—¿Y qué le ha traído por acá?

—preguntó el hipócrita como quien nada sabe.

—¡Negocios de mi futuro suegro!

El rostro del malvado Swinter se ensombreció al pensar que su guapo y arrogante interlocutor sería pronto el dueño de la incomparable Gilda.

Y se dijo para sus adentros:

—¡Jamás! ¡Antes se juntarán cielo y tierra! ¡Antes te daría cien muertes con mi propia mano!

Luego en voz alta declaró:

—¡Lástima que a mí me colengan en esta ciudad asuntos de la mayor importancia! ¡De lo contrario haríamos el viaje juntos!

—Pero ello no nos impedirá beber una copa de *whisky*! ¡No es verdad, muchacho?

Aceptó Dick con la idea de lograr conocer los secretos que escondía el alma conagosa de aquel infame... A veces, el abuso de la bebida vuelve locos a los hombres más callados.

El mismo propósito abrigaba Swinter.

Unos momentos después los dos hombres se hallaban sentados a una mesa con una botella del espiritoso licor al alcance de la mano.

Swinter llenó ambas copas y propuso:

—Brindemos! ¿Por quién? ¡Mil rayos! Por la prosperidad del rancho Bradley, por la felicidad de su bella hija, que es como brindar por la riqueza y la dicha de usted... ¿No es verdad, Dick?

—Exactamente verdad! —corroboró éste con su habitual serenidad.

Swinter vació de un trago su copa y llenándola de nuevo, erigió otra vez su contenido de un tirón.

Luego, golpeándole amistosamente el hombro a su interlocutor, le dijo:

—Apelaría las orejas que adornan mi cara a que usted ignore una cosa...

—¿Cuál?

—Que yo querría casarme con la bellísima criatura que pronto será su esposa!

—Las perderte usted...

—¿Cómo! Le han dicho que yo...

Interrumpióse al ver que Dick había con la cabeza unos gestos afirmativos.

—¿De veras? ¿Sabe usted que yo quería a Gilda? ¿Sí? ¡Por lo tanto, me tendrá usted cuerda ojeriza!

—¿Se equivoca usted?

—¡Bravo! ¿Es usted un muchacho tan leal como franco? ¡Bebamos, Dick!

Y llenó las copas, beviéndose la suya a los labios y engullendo su contenido.

—¿Creo—dijo—que en lo futuro seremos los mejores amigos del mundo!

—¿Por qué no hemos de serlo?

—Yo siento hacia Bradley una gran amistad! De todos los propietarios de la comarca, es el que más quiero... y supongo que él me quiere a mí mucho también. ¿Me equivoco?

—Sin duda—dijo Dick evasivamente—, no tiene usted motivos ni razones para suponer lo contrario.

—¿Ninguno! ¿Cuándo ha de marcharse usted, muchacho?

—Dentro de un par de horas, que es el plazo que he concedido a mis bravos *cow-boys* para divertirse...

—Entonces tenemos tiempo de charlar y de jugar una partida! ¿Qué juego le gusta a usted más?

—¿No conozco ningún juego de naipes?

—Le enseñaré a usted uno muy fácil de aprender y muy emocionante... el *baccard*.

Antes de que Dick se negara, Swinler ordenó a un camarero que le llevase unos naipes españoles.

—Todas las figuras son cero en el *baccard* y las demás cartas valen por el número que llevan... Voy a darle a usted dos y yo me quedo otras dos...

Lo hizo así y preguntó:

—¿Qué cifra suman sus dos naipes, Dick?

—¡Siete!

—¿Los míos dos? ¡Ha ganado usted! ¡Volvamos a jugar!

Y repartió de nuevo las cartas.

—¿Diga usted qué número lleva!

—¡Ocho!

—¡Y yo tres! ¡Por lo visto en lances de juego y de amor, usted me ganaría siempre!

A continuación invitó a jugar dinero, pero el novio de Gilda se negó, y pretextando tener que hacer aún ciertas diligencias, se des-



... se agarró con ambas manos a la rama del árbol...

pidió de aquel sujeto que le inspiraba tanta repugnancia como desprecio.

—¿Le acompañaré a usted!—dijo Swinler, soliendo con él del establecimiento.

Una vez fuera exclamó:

—¡Calla! ¡Por ahí viene uno de los haraganes y mastuerzos que me han acompañado en este viaje!

Dick divisó a un individuo de siniestra catadura, que se acercaba hacia ellos con andar pesado y zigzagante, de beodo.

—¡Ya estamos así, *Catapulta*?— le preguntó Swinter frunciendo el ceño—. Pero... no te tengo dicho...

—¡Déjame en paz! ¡A mí dame *whisky* en lugar de ocharina sermanes! —respondió el borrachín, que debía el apodo de *Catapulta* a la contandencia de sus puños.

De pronto, fijándose en Dick preguntó:

—¿Quién es este... mozo tan gallardo?

—¡El futuro yerno de Bradley!

Al oír esto, un gesto de asombro inaudito se pintó en la abotargada y embrutecida fisonomía de *Catapulta*, quien masculló con lengua estropajosa:

—¡Por Júpiter! ¡Te felicito, gallán! ¡Ah, ah! De buena te librate...

No pudo acabar.

Fúrico y lívido de cólera Swinter se había plantado a su lado y echándole la zarpa al garganta, impidiéndole revoillar.

Catapulta retrocedió, tambaleándose y rugiendo de ira.

—¿Qué haces, Swinter?

—¡Lárgate, borracho! —aulló éste—. ¡No quiero oírte mas sandeces en tu cochina vida y desde este momento dejas de estar a mis órdenes!

Profirió *Catapulta* una blasfemia, sin duda tenía intención de agredir a su amo, pero los espírituosos vapores que llenaban su cerebro volviendo en un adversario poco fami-

lia, por lo cual Swinter lo hizo rodar por el suelo dándole un empujón.

Luego dijo a Dick:

—¡Vámonos, mochocho! ¡Qué importunos y repugnantes son los beodos, verdad?

Sonrió el amado de Gilta de un modo algo misterioso y repuso:

—¡Indudablemente! ¡Sobre todo cuando conoces secretos cuya divulgación puede costarte a uno la libertad o la vida! ¿No es verdad, Swinter? ¿No es verdad, hediondo ladrón? ¿No es verdad, infame incendiario?

Tan inesperados insultos hicieron dar al miserable un brinco tigresco.

—¡Pero... pero... se ha vuelto usted loco?

—¡Demasiado sabe usted lo que quiero decir y que digo la verdad, miserable! ¡Quitese de una vez la careta!

—¡Quitada está!—aulló Swinter.

—Y bien, ¿qué quieres, ladrón e incendiario?

—¡Aplastarte como a un gusano! ¡Machacarte el cráneo a puñetazos! —rugió Swinter.

Pero no tuvo tiempo siquiera de mover un brazo para cumplir su amenaza, porque el puño de su adversario cayó tres veces sobre su rostro con tal violencia que los golpes lo dejaron como atontado.

Seguidamente Dick le asió otros puñetazos que lo derribaron junto al embriagado *Catapulta*, trayendo la presencia de varios transeúntes y de un policía.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó éste.

—¡Bajo mi responsabilidad detenga usted a estos dos criminales! —repuso Dick dándose a conocer.

En la jefatura de policía amplió sus acusaciones y, horas después, cuando los detenidos, luego de incurrir en sospechosas contradicciones, acabaron por confesar la verdad, Dick emprendió el regreso al rancho de su amada, donde era esperado con una ansiedad inenarrable.

Pero cuando dió la noticia de la captura y prisión de Swinter y su pandilla, esa ansiedad trocóse en

una alegría tan profunda como bulliciosa.

—¡Ahora sí que vuestra felicidad será completa y duradera, hijos míos!—dijo el ranchero Bradley—. Mucho daño causó el incendio, pero todo lo doy por bien perdido ante el sosiego, la paz y la tranquilidad que, desaparecido el traidor y siniestro Swinter, todos gozaremos en este incomparable rincón del Oeste.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

SALVADO POR SU CABALLO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla

15 CTS. EL CUADERNO CON NOVELA COMPLETA

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|-------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 17. Los falsificadores. |
| 2. Contra viento y marea. | 18. Un novio con buenos paños. |
| 3. El valle del misterio. | 19. Veloz como el rayo. |
| 4. El rey de los jueces. | 20. Perdido en el desierto. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 21. Los cuaterros. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 7. La ley del forajido. | 23. Por defender a una mujer. |
| 8. El culpable. | 24. El fantasma del rancho. |
| 9. De señorito a vaquero. | 25. De cara a la muerte. |
| 10. El Gavilán de la Pradera. | 26. Buscando la rovancha. |
| 11. Ladrones de ganado. | 27. Asueta rural. |
| 12. El valiente. | 28. Armandito greca. |
| 13. El Pirata del Desierto. | 29. A sangre y fuego. |
| 14. El crimen ignorado. | 30. El secreto de la mina. |
| 15. La ley del revólver. | 31. El valiente de la pradera. |
| 16. El Grupo del rancho K. | 32. La fuga del presidiario. |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica
Calle de Londres, 18^a - BARCELONA

Talleres gráficos: VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona